



Arrecife: el espejo insular

Jorge Marsá

La demagogia populista constituye un ingrediente fundamental de la política y el debate público en la sociedad lanzaroteña. Y los planes para Arrecife no iban a carecer de esta característica. El último, el *Proyecto Mareas*, vuelve a ser un ejemplo. Una actuación que se pretendía vender como ecológica, racional e ilustrada ha terminado presentándose como todo: asadero y verbena popular. Y el argumento más repetido por sus valedores ha sido la contraposición entre el centro aristocrático y los barrios populares: “¿es que las clases populares de los barrios no tienen derecho a las ventajas de los ricos de La Plazuela?”

La huida de Arrecife

La identificación de la zona de La Plazuela como el barrio de los ricos resulta incomprensible, porque, a decir verdad, los ricos de Arrecife viven, casi todos, fuera de la ciudad. En consecuencia, si tuviéramos que elegir un lugar representativo en el que incluirles, podríamos decir que el barrio de los ricos de Arrecife es El Cable. Ahora bien, no son sólo los ricos los que viven fuera; lo mismo ocurre con la clase media alta y los profesionales, cuyo barrio preferido podría ser Tahiche mientras que la clase media baja ha elegido Playa Honda. Y los arrecifeños más pobres, que no pudieron costearse una casa en ninguna de esas zonas, se desplazaron hacia la periferia que hoy se conoce como los barrios.

No todos estos asentamientos plantean el problema urbanístico con idénticas consecuencias. Las soluciones de Playa Honda o de los

La mayoría de la sociedad de Arrecife se ha caracterizado por tratar de huir de la ciudad a la primera oportunidad

barrios, a pesar de sus notables limitaciones, conforman un urbanismo menos agresivo para el territorio que el modo en que se ha ocupado el espacio en El Cable o en Tahíche. No obstante, estos dos últimos asentamientos constituirían paradigmas válidos si los comparáramos con el modelo Mácher, y casi ejemplares si lo hiciéramos con quienes encuentran paraísos aislados fuera de los cascos urbanos de los diferentes municipios de Lanzarote.

En cualquier caso, el denominador común parece claro: la obsesión por la vivienda unifamiliar aislada —o lo más aislada posible— y la consiguiente mudanza hacia los lugares en los que ha sido posible obtenerla. Por lo tanto, cabe afirmar que la mayoría de la sociedad de Arrecife se ha caracterizado por tratar de huir de la ciudad a la primera oportunidad. Y de forma tan generalizada que a nadie ha extrañado que ni los alcaldes ni buena parte de los concejales del municipio durante las últimas décadas vivieran, como tantos otros, fuera del lugar en el que desarrollan su actividad pública.

*Será difícil que
La Medular
tenga algún día
vida ciudadana
si no puede
acoger su
componente
fundacional:
las viviendas*

La construcción de esa casa ‘ideal’ ha provocado como consecuencia un modelo urbanístico que consume una ingente cantidad de territorio, promueve un incremento de los costes de las redes de distribución de servicios —agua, electricidad, teléfono, cable—, estimula el crecimiento de la movilidad —con el consecuente uso generalizado del transporte motorizado privado— y fomenta unos entornos urbanos que facilitan el aislamiento entre los vecinos y, por consiguiente, dificultan la convivencia ciudadana. En resumen, un modelo urbanístico, de inspiración norteamericana, en el que el centro de la ciudad se convierte en un entorno administrativo y comercial del que huyen quienes pueden y en el que se quedan a vivir los más pobres, y una periferia preparada para asentar al *homo oeconomicus*. O sea, el territorio donde el individualista consumista puede aislarse del entorno que le rodea, de esa sociedad que vive más como molestia o amenaza que como complemento imprescindible para la realización personal.

Del centro de la ciudad ha huido hasta el Cabildo Insular, que, inexplicablemente, prefirió trasladarse a un descampado. No hay más que pasear por el centro, una vez que han cerrado las puertas de los comercios y oficinas, para ver la urbe transformada en un desierto despojado de actividades, encuentros, interacciones, de vida humana. Y lo que ocurre en el centro parece que se producirá inexorablemente en el entorno que conforma La Medular, donde se construyen casi en exclusiva edificios institucionales y de servicios. Será difícil que el paseo urbano que dibuja esa avenida, tras el

imprescindible retoque del diseño, tenga algún día vida ciudadana si no puede acoger su componente fundacional: las viviendas.

Parece primordial que el nuevo Plan General impida esa segmentación de la vida vecinal, evitando que ninguna zona de la ciudad sea sometida a tal especialización por los imperativos del mercado. Como ocurre en los centros de muchas ciudades europeas, debería contemplarse en los edificios una planta baja comercial y como máximo una primera que pudiera alojar oficinas, para dejar el resto obligadamente destinado a viviendas. Porque convertir un área en zona especializada en actividades comerciales o administrativas supone vaciarla del tejido ciudadano imprescindible para generar vida social.

Claro que aún resulta más asombroso lo que ocurre con El Charco, uno de los lugares más privilegiados de la ciudad. Imaginemos un domingo por la mañana en cualquier ciudad, y más en una con un clima como éste: un espacio como El Charco estaría repleto de personas que pasean, de bares con sus correspondientes terrazas abarrotadas de gente tomando sus cervecitas y pescaditos. Sin embargo, ¿qué ocurre en El Charco? Prácticamente nada.

No obstante, podría pensarse que, por ser un barrio popular, El Charco hubiera sufrido un abandono inconcebible en zonas urbanas más apreciadas. ¿Cuál es el área más valorada de Arrecife? La contestación resulta obvia: la Marina. Pues bien, allí podemos encontrar nuevas pruebas de la desidia de la sociedad con la capital de la Isla: primero, la conversión del Islote del Francés en una ruina industrial y vertedero; y segundo, el mantenimiento del Islote de la Fermina durante años como asentamiento de una construcción inconclusa. Que lugares tan privilegiados de una ciudad hayan sufrido ese abandono resultaría inexplicable en casi cualquier metrópoli. En cierto modo, estos dos enclaves, de la que se califica en ocasiones como la mejor marina urbana de Canarias, deben considerarse emblemas de la absoluta incapacidad que ha caracterizado a los diferentes gobiernos municipales que ha sufrido Arrecife durante décadas.

Una característica más, que delata el desinterés por el centro de Arrecife, la constituye el envejecimiento de la población residente. De hecho, si un conocedor detallado del espacio urbano (como Manolo Perdomo, que me descubrió este matiz) analiza lo que ha ocurrido con las viviendas del centro, llegaría a la conclusión de que en la mayoría continúan viviendo las mismas familias que hace décadas. ¿Cuestionaría esta realidad la huida de la que hemos

Que lugares tan privilegiados como el Islote del Francés o el de la Fermina hayan sufrido ese abandono resultaría inexplicable en casi cualquier ciudad

hablado? No, porque continúan habitando allí, en general, los padres; fueron los hijos los que abandonaron la ciudad. En consecuencia, el centro de la ciudad está habitado por una población notablemente envejecida, lo que en nuestra sociedad delata la existencia de un espacio escasamente valorado.

En suma, el centro de la ciudad se ha convertido en un lugar tan escasamente apreciado que hoy, en lo que el Ayuntamiento considera casco urbano, sólo viven 9.601 personas de las 48.955 que habitan en la ciudad. En una Isla en la no se hacía otra cosa que construir, el centro de Arrecife estaba plagado de solares vacíos ante la ausencia de demanda suficiente para construirlos. Y, aunque se comienza a vislumbrar un cambio, los que se han edificado en los últimos tiempos muestran unos estándares constructivos de una calidad sorprendente baja para el centro de cualquier ciudad. De hecho, el precio de la vivienda en Arrecife, pese a su incremento, y a excepción del frente litoral, ha permanecido notablemente por debajo del de otras zonas de la Isla. Hasta el punto de que en la vía más central de la capital, la calle Real, descubrimos edificios depauperados en los que encuentran acomodo algunos de los inmigrantes que arriban a Lanzarote –no desde luego los más pobres–.

El centro de la ciudad se ha convertido en un lugar tan escasamente apreciado que hoy sólo viven 9.601 personas de las 48.955 que habitan en Arrecife

La capital de la Isla ha permanecido al margen de la transformación urbanística acontecida en muchas ciudades españolas tras las primeras elecciones municipales en 1979. La mayoría de las ciudades de este país, grandes y pequeñas, han mejorado su entorno urbano de forma apreciable. En términos generales, ese cambio ha sido más pronunciado y más positivo en las ciudades gobernadas por la izquierda; pero se ha producido también en otras regidas por la derecha. Vitoria es buen ejemplo: una ciudad que en algunos aspectos se ha convertido en emblemática en el país, y cuya rehabilitación fue dirigida por un alcalde perteneciente a un partido de derechas, el PNV.

En Arrecife, gobernada durante casi 20 años por el PSOE –ya fuera en solitario o en coalición–, no se ha producido esa metamorfosis. Se han perdido las características propias del antiguo pueblo sin haber logrado conformar una ciudad. Arrecife continua ofreciendo esa típica imagen del cutrerío desarrollista que dominaba el urbanismo del franquismo en los pueblos en los que se producía un crecimiento rápido: amalgama de las viejas casas, en espera de derribo, con la arquitectura miserable que acompaña a la especulación inmobiliaria de lugares aún en desarrollo.

No hay más que echar un vistazo a la ciudad para comprobar lo que

decimos. Y para entender por qué los arquitectos platican con voz tan mortecina en esta ciudad. Claro que si hablamos de arquitectura, resulta obligado mencionar al Cabildo de esta Isla que, como decíamos, dejó el centro de Arrecife para instalarse en un horripilante edificio. Ahora bien, la *tarta* que aloja a la administración insular no es una excepción; supone, desgraciadamente, la confirmación de una regla.

Si muchas administraciones locales de este país iniciaron una carrera, a veces alocada, en pos de arquitecturas emblemáticas para sus ciudades, aquí ha sucedido lo contrario: el ayuntamiento como si no existiera, y el Cabildo de Lanzarote se ha constituido en el líder e inspirador de la implantación de la peor arquitectura: a su sede central podemos añadir el conservatorio de música, la nueva biblioteca insular, la ciudad deportiva... No deja de resultar curioso que, en una Isla donde la decoración de exteriores constituye asignatura obligatoria, una institución que tanto se preocupa por chorradas estéticas, que tanto esfuerzo dedica a adornar los bordes de las carreteras, haya naufragado de forma tan estrepitosa en la capital insular.

En realidad, no es extraño. Durante las últimas décadas la sociedad insular ha vivido volcada hacia el sector del que vivía: el turismo. Y, en consecuencia, casi todos los esfuerzos de la sociedad, de las empresas y de las instituciones públicas se han concentrado en las zonas turísticas y en la atención a quienes nos visitan. Las instituciones ha actuado a remolque de los intereses de la industria turística y se han mostrado incapaces de desarrollar políticas de intervención urbanística que contemplaran los intereses de los ciudadanos. En este sentido, conviene resaltar que en la broma más reciente del empresariado turístico, el denominado ‘turismo de calidad’, Arrecife continúa desaparecida. Si se quisiera hablar con seriedad de la necesidad de elevar la ‘calidad’ de nuestros visitantes, lo primero que tendrían que abordar esos empresarios es cuál va a ser su contribución a la imprescindible transformación del espejo insular, de la capital de la Isla, en una ciudad que cualifique el destino turístico y ofrezca la “oferta complementaria de ocio” de la que Lanzarote carece.

Por otra parte, no podemos obviar la influencia que las carencias culturales de la sociedad lanzaroteña han tenido en lo ocurrido en Arrecife –resulta imposible que los políticos que han gobernado el ayuntamiento de la capital o el Cabildo durante las últimas décadas sean completamente ajenos a la sociedad que les ha votado–. Como

El Cabildo se ha constituido en el líder e inspirador de la implantación de la peor arquitectura

Como sucede siempre, resultó más sencillo y más rápido enriquecerse económicamente que culturalmente

sucede siempre, resultó más sencillo y más rápido enriquecerse económicamente que culturalmente. Parece lógico esperar que la primera generación que accede a la riqueza se preocupe más por obtener un gran automóvil que por cualquier refinamiento cultural. Con mayor razón si esta sociedad insular se encuentra en uno de los países culturalmente más atrasados de Europa.

Resumiendo, sostengo que han sido cuatro los factores fundamentales que más han contribuido a configurar la ciudad durante los últimos veinticinco años, y por orden de importancia son: primero, la persecución de la casa individual lo más aislada posible situada en entornos lo menos urbanos posibles; segundo, el hecho de que el interés mayoritario de la sociedad haya estado centrado en los espacios turísticos, en la atención a nuestros visitantes y en la conservación del paisaje como argumento fundamental de la comercialización turística; tercero, el bajo nivel cultural de la sociedad insular; y por último, la ineptitud, la estrechez de miras y la ausencia de un proyecto mínimo para la ciudad de los políticos y los empresarios que la han gobernado.

Los indicios del cambio

Ahora bien, pese al pesimismo al que podría conducirnos la trayectoria precedente, lo cierto es que son ya numerosas, aunque aún minoritarias, las miradas que convergen en la capital. El colectivo Ciudadanos por Arrecife inició el camino, y durante el segundo lustro de los noventa se dedicó, prácticamente en solitario, a tratar de abordar con racionalidad los problemas de la ciudad. Continuó la Fundación César Manrique. Y en la actualidad la preocupación por la configuración de la ciudad ocupa ya a otros colectivos. También de las instituciones públicas comienzan a brotar los primeros detalles, aún escasos y muchas veces contradictorios, que delatan una cierta intención de tratar la urbe como lo que es: una ciudad. Tendremos que esperar a la aprobación del nuevo Plan General de Ordenación Urbana para sopesar el compromiso de la clase política con un nuevo proyecto de ciudad y la calidad del mismo.

El sustrato fundamental de este cambio parece obvio: el fracaso de las políticas de sostenibilidad y de contención del crecimiento turístico han convertido a Lanzarote en un destino turístico claramente masificado. Se desmorona el mito lanzaroteño del desarrollo sostenible y se intuye la necesidad de contrarrestar el excesivo peso social de la industria turística. Lanzarote se hace adulta, desaparece la visión idílica, y falsa, que se tenía del desarrollo insular y aflora la realidad: una sociedad desarrollada y conflictiva, que tiene

que afrontar los problemas propios de la sociedad y dejar de estar exclusivamente centrada en las necesidades del negocio turístico.

Para ilustrar el fracaso lanzaroteño en la contención del crecimiento turístico bastan unos pocos datos –aunque sean los escasamente fiables del ISTAC–. En 1991 se aprobó el PIOT, y desde entonces se repite que Lanzarote es la única Isla del Archipiélago que ha abordado la cuestión de la contención del crecimiento. Aún más énfasis pusieron algunos en este asunto tras el establecimiento de la ‘moratoria’ en 1998. Pues bien, desde 1992 hasta el año 2000, las entradas de turistas en el conjunto del Archipiélago crecieron un 65%. En el paraíso sostenible lanzaroteño lo hicieron un 75%. Lanzarote creció un 20% más que el ‘desastre’ canarión y un 15% más que los chicharrereros. Ciertamente que el incremento en Fuerteventura fue del 106%; pero también que la catástrofe permanente que desde hace años se vaticina para esa Isla continúa sin ser de la envergadura de la de aquí. Lanzarote recibe aún un 34% más de turistas que Fuerteventura y tiene un 38% más de plazas turísticas, a pesar de que su territorio es casi la mitad del mayorero. Los datos desmienten por sí solos el mito de la dedicación lanzaroteña al desarrollo sostenible y a la limitación del crecimiento turístico.

Y sólo la capital de la Isla puede constituirse en el contrapeso imprescindible de ese sobredimensionado sector turístico, que trata de continuar imponiendo sus intereses a la sociedad insular. Desde este punto de vista, el gran crecimiento demográfico de la ciudad al que estamos asistiendo constituirá en el futuro mucho más una oportunidad que un conflicto en el proceso de cimentar la preeminencia de Arrecife, de la población residente, en el futuro de la sociedad lanzaroteña. Porque para que la convivencia ciudadana sea fecunda y para que aflore la riqueza cultural característica de las ciudades, resulta imprescindible la existencia de una cierta masa crítica ciudadana. Como hace falta que el espacio urbano sea lo suficientemente denso como para acercar a esos ciudadanos. Razones por las cuales la incipiente densificación del centro que comienza a producirse supone una buena noticia. En suma, es necesaria una política urbanística opuesta a la que se ha promovido en Arrecife en las dos últimas décadas: barrios marginales poco compactos y un desvalorizado centro urbano escasamente habitado.

De hecho, en algunas zonas, entre las que podemos destacar El Reducto, el espacio público, tradicionalmente abandonado por buena parte de los arrecifeños, está siendo revitalizado por los nuevos inmigrantes. Dos motivos contribuyen a explicar este fenómeno.

En algunas zonas el espacio público está siendo revitalizado por los nuevos inmigrantes

no: la mayor cercanía a modos de vida comunitaria de muchos de los inmigrantes y, sobre todo, las malas condiciones en las que viven aquí. Es decir, las limitaciones de espacio en sus viviendas y la ausencia del arsenal de instrumentos para el entretenimiento del calibre del que caracteriza nuestros hogares les incitan a la conquista de ese espacio público, a convertirlo en el ‘cuarto de estar’ colectivo que siempre debió ser. Por supuesto, este asunto se convierte, como cualquiera que se ponga a tiro, en alimento para el victimismo xenófobo que tanto se ha extendido en Lanzarote.

Cierto que las pequeñas transformaciones que comienzan a tomar cuerpo muestran líneas contradictorias: junto a las primeras actuaciones de carácter realmente urbano, aunque de escasa calidad, que se han producido en la ciudad después de la construcción de la avenida Medular, como la “peatonalización” de partes del centro o la reforma del paseo marítimo, nos encontramos con irracionalidades tan incomprensibles como entregar un espacio urbano clave de la ciudad –el parque Islas Canarias– a un consorcio de empresas para que construyan el aparcamiento que necesitan para que sea viable su negocio hotelero.

*Una ciudad
diseñada para
atender las
necesidades de
los automóviles
de los
ciudadanos por
encima de las
de los propios
ciudadanos*

El aparcamiento del parque Islas Canarias es sólo un caso concreto de un fenómeno que, en un asunto tan central como el del tráfico rodado, marca una dirección preocupante para el futuro de la ciudad: la explosión del negocio de los aparcamientos en el centro urbano. Como suele ser habitual, la escasez de ideas de los empresarios les lleva a actuar bajo lo que algunos economistas denominan el ‘efecto manada’: todos a construir aparcamientos en el mismo lugar, preparando el futuro atasco de tráfico en esa zona. La política que se está siguiendo en este aspecto –la ausencia de política, para ser más exactos– nos conduce a una ciudad diseñada para atender las necesidades de los automóviles de los ciudadanos por encima de las de los propios ciudadanos. Que este tipo de actuaciones puedan ser apoyadas por buena parte de los votos de los propietarios de automóviles no añade ni un ápice de racionalidad a tales propuestas.

El efecto manada tiene también sus manifestaciones en el terreno del comercio: el desmesurado amor por las grandes superficies que ataca a ciertos empresarios, algunos de ellos parte fundacional de aquella fracasada aventura contra el poder empresarial que monopolizaba ASOLAN, el Círculo de Empresarios. Es decir, el círculo de los que, por lo visto, se oponían a la construcción de grandes superficies comerciales si quedaban fuera de su círculo. Esta forma

de destrozar el tejido comercial disperso por la ciudad y concentrarlo en pocas áreas, tuvo su primera manifestación en el intento de construir un remedo de centro comercial hortera norteamericano en el Islote del Francés –en un terreno calificado como parque urbano; es decir, que expropiarlo debería costar no más de la vigésima parte de lo que piden los propietarios–. Después asistimos a la derrotada tentativa de Hiperdino en el barrio de Valterra. En los próximos tiempos, nos esperan un par de asaltos de cuidado –porque los promueve capital de casa, y nadie les va a colocar enfrente una ‘mesa social’ bien provista–: el de las viejas instalaciones de la conservera Garavilla, por parte de los impulsores del aparcamiento en el Parque Islas Canarias, y la tentativa de conquista de la Ciudad Deportiva por parte de los promotores del famoso puerto deportivo de Berrugo.

Conviene recordar que, a la espera del nuevo Plan General, una amenaza trascendental que pende hoy sobre la ciudad es el vaciamiento, y por consiguiente empobrecimiento, del casco urbano que se pretende llevar a cabo para intentar dotar de contenido al denominado *Proyecto Maretas*, y la derivada pretensión de concentrar allí casi todas las inversiones futuras de las que pudiera beneficiarse la ciudad.

Una muestra más de la realidad de paso adelante y paso atrás la constituye lo que está ocurriendo en la ciudad con los árboles. Durante años, unos pocos clamaron en el desierto sosteniendo que el desastre arrecifeño reclamaba una política decidida de arbolado de la ciudad. Hace poco que hemos comenzado a presenciar las primeras actuaciones del Ayuntamiento en esta dirección. Sin embargo, parece que la alergia a los árboles no se desvanece, y en lugar de auténticos árboles se dedican a colocar plantas que los evocan. Los palmitos constituyen la elección más frecuente; y la calle Triana el ejemplo más reciente de esta cursilería.

De cualquier modo, lo primordial en una ciudad son los ciudadanos. Y para que el cambio sea posible el crecimiento de Arrecife no puede ser sólo cuantitativo. Hay que impedir que la ciudad continúe desarrollando el modelo norteamericano, y que se culmine el trabajo añadiendo al centro comercial y administrativo las características propias de los guetos para los más pobres. Si Arrecife logra transformarse para bien será porque a los nuevos inmigrantes que acuden a la ciudad se les añada un cierto caudal de retorno de gentes más acomodadas. En la sociedad capitalista en la que vivimos –y en la que parece que vamos a seguir viviendo un ratito–

Resulta imposible construir una ciudad de una cierta calidad si en ella no habitan también los ricos y los más ilustrados

resulta absolutamente imposible construir una ciudad de una cierta calidad si en ella no habitan también los ricos y los más ilustrados. Porque sin la presión de quienes tienen más capacidad de influir, la ciudad no conseguirá ni la atención ni las inversiones suficientes para salir de la mediocridad que la caracteriza.

Por esta razón, resulta imprescindible que en Arrecife se produzca lo que ya ha ocurrido en tantas ciudades europeas: el regreso de parte de la burguesía y de los sectores profesionales o ilustrados a los centros urbanos. Porque su presencia, su sobrerrepresentatividad política y su poderío económico han constituido un factor indispensable para el mantenimiento y la rehabilitación del centro de las ciudades.

*La sociedad
lanzaroteña
será,
básicamente, lo
que sea Arrecife*

Para concluir, conviene insistir en que el ‘problema’ de Arrecife no es un asunto exclusivamente urbanístico. Si la sociedad lanzaroteña quiere emanciparse de la dominación de la industria turística y centrarse en las labores propias de cualquier sociedad –las necesidades de la población y su relación con otras comunidades– tiene que edificar el ágora pública de la ciudadanía, el emplazamiento desde donde irradie la cultura ciudadana. Y en Lanzarote ese lugar no puede ser más que Arrecife, el centro desde donde se debe elaborar un nuevo discurso que contemple la Isla desde una óptica global que se traduzca en políticas públicas que restablezcan el equilibrio territorial y primen los intereses de la población y del medio insular por encima del negocio turístico-inmobiliario.

Conviene que la sociedad insular comience a tener conciencia de que su futuro como sociedad está inexorablemente unido al de Arrecife como ciudad. La sociedad lanzaroteña nunca encontrará las raíces que la nutran en Puerto del Carmen, Costa Teguise o Playa Blanca, ni tampoco en las actividades tradicionales o en la recreación de pasados idílicos. La sociedad lanzaroteña será, básicamente, lo que sea Arrecife.